

Imago



H
306
I-968i
C.R.

No 7
OCTUBRE
2000



LA REVISTA DE BIBLIOTECA Y COLECCION

Carmen
Naranjo

Ventana de indicios sobre una ciudad perdida



La arqueóloga, ya famosa por sus descubrimientos, investigaciones y libros, sintió que su asistente en vez de ayudarle a subir la colina le estaba tocando muy sospechosamente las nalgas. Ella, a los setenta años, no esperaba una acción tan insinuante de ese joven apuesto que la ayuda en sus estudios.

Piense usted- le dijo hace menos de dos meses - lo que brindaremos a la humanidad si logramos descubrir la ciudad perdida. Creo que encontraremos escombros y fósiles, utensilios y pistas que nos permitan reconstruir algunas de sus costumbres. Ella no se fijó en sus ojos llenos de lujuria, que no se orientaban a atender su mirada si no que se estacionaban en sus pechos.

Mañana saldremos, todo está listo, dijo ella con el tono afirmativo de su seguridad en sí misma, él golosamente contenido pensó que al fin estarían libres y solos, le molestaban los otros auxiliares, las secretarias y las entrevistas con los periodistas, realmente estaba muy ocupada con tanta gente entrometida.

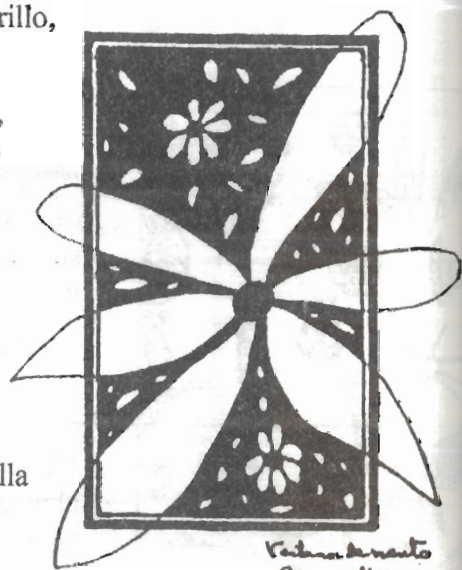
Debemos tener cuidado, le aconsejó en un tono que los hacía pareja, cualquier montículo puede ser una columna, entre el follaje podemos encontrar vasijas y con suerte tal vez el perfil de una pirámide. En ese instante él la besaba con una avidez desahogada.

Aquí está el mapa, es el fruto de mis investigaciones de muchos años, yo misma lo he dibujado gracias a los indicios descubiertos con paciencia y tenacidad, gracias a las señales que se han deslizado en testimonios recogidos en antiguos documentos. El no vio el mapa, vio su pelvis desnuda y encendida con los colores del fuego: amarillo, anaranjado, rojo, lila, morado.

Le propuso caminar un rato por los alrededores, antes de que cayera la tarde y se esplayara la oscuridad con esas precipitaciones propias del trópico. El contestó que sí con su esperanza incontinente de aproximaciones. No sé si sabe usted que en los entornos hay muchos signos de las ciudades que se perdieron en la memoria de los hombres, a veces su lectura es difícil pero en otras nos dan indicaciones precisas.

En el recorrido no hubo novedades, salvo que ella se detuvo a excavar en un sitio de moras salvajes y por supuesto se espinó, cosa que él aprovechó para succionar sus manos como si fueran ansiosos labios abiertos.

Ella se acostó pensando en la ciudad perdida, fundada en el siglo dos o tres antes de Cristo. El, antes de dormirse, la desnudó completa y la acurrucó a su lado, sin atreverse a tocarla, le bastaba mirarla completamente suya y muy satisfecha por cierto.



*Victoria Arriaga
Carmen Masera*

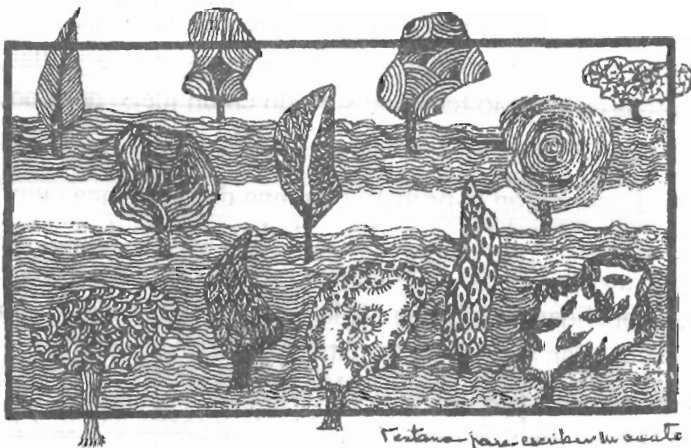
002141 - A. LUNA 10/12/00

Ella en la mañana, casi en la madrugada, estuvo lista y bañada, con esos ojos curiosos orientados hacia los hallazgos. El pensó: qué desperdicio, los podía poner en mí para encontrar la pericia de mis habilidades varoniles.

Halló a los cuatro minutos del campamento una vasija muy primitiva, confeccionada con barro que podían haber utilizado los antiguos por falta de conocimiento o los modernos muertos de hambre por escasez de recursos. Se emocionó hasta las lágrimas, mientras él le recorría beso a beso todo el cuerpo.

En la noche le confió que estaban a punto de reconstruir la historia de un eslabón perdido, que vendría a confirmar su tesis de que el hombre siempre había hecho lo mismo: construir habitaciones, templos, creer en los dioses y reproducir en paredes internas lo que veían afuera. El pensó que también se habían acostado en la piedra, en la arena, en la hierba, sin temor a la fiera y al dinosaurio para confirmar el placer de la carne en la zozobra de la circunstancia.

En un arbusto enclenque, pero de raíces, ella encontró unas piedras con vestigios de camino. Vamos a seguir esta pista como Dios manda, es decir con paciente inteligencia y mucha tenacidad. El se consoló de los encorvamientos que seguirían sobre esa tierra polvorosa, poco acogedora, creadora de conjuntivitis, porque se imaginó que estaría sobre su cuerpo haciéndole el amor.

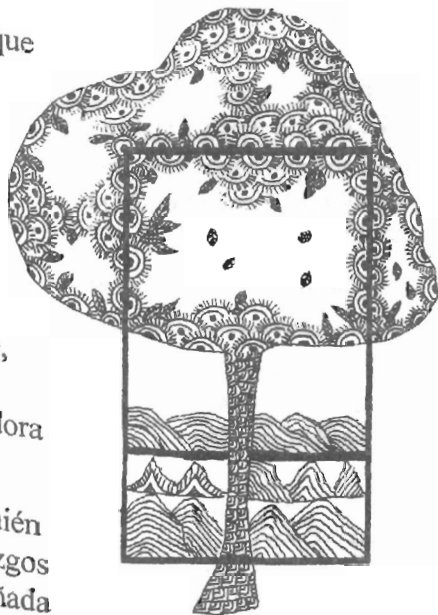


Fuente para escribir la suite
Carmen Mansilla
2010/10/10

mentos, testimonios y mapas. No pudo estarse quieta y les dedicó una caricia que él entendió como una llamada de atención hacia la cumbre de la columna, en que había un jeroglífico de más y más hay por aquí. Ya todo estaba perdido, él se enamoró de la ciudad que se anunciaba, de sus posibilidades y de la fama que adquiriría. Sólo quería excavar y encontrar. Ella en cambio no le dio importancia a los descubrimientos, estaba tan acostumbrada a confirmar sus intuiciones, pero aquel cuerpo tan real y vigoroso, con esos genitales tan viriles y mañosos la enloquecían de verdad, mientras él tenaz y científico sólo seguía con amor los indicios de una ciudad perdida, ella que había encontrado tantas como relató en sus múltiples libros, se distraía en otros asuntos.

Él se despidió fríamente, estaba convencido de que era un obstáculo mayor en su afán de descubrimientos. Al darle la mano le preguntó sobre el porcentaje de sus derechos, en tanto ella se desbordaba en sus apetitos. Sus ojos le parecían sublimes, sus manos agentes de delicias, sus piernas policías de transporte a los deleites, sus labios excavadores del no puedo más allá porque las profundidades y la altura me marean. El, discreto y civilizado, le recordó su edad y la suya, le habló de su novia de dieciséis años y la reposó en su fama de lenta descubridora de lentos indicios de ciudades perdidas.

Ahora, por supuesto, tienen un pleito infinito de quién fue quién en ese mundo salvaje y selvático de los hallazgos y ella, la pobre sensible de las tenacidades, sigue empeñada en que el coito es posible, en el momento en que él hace inventario de sus arrugas, de sus flaccideces y del decadente

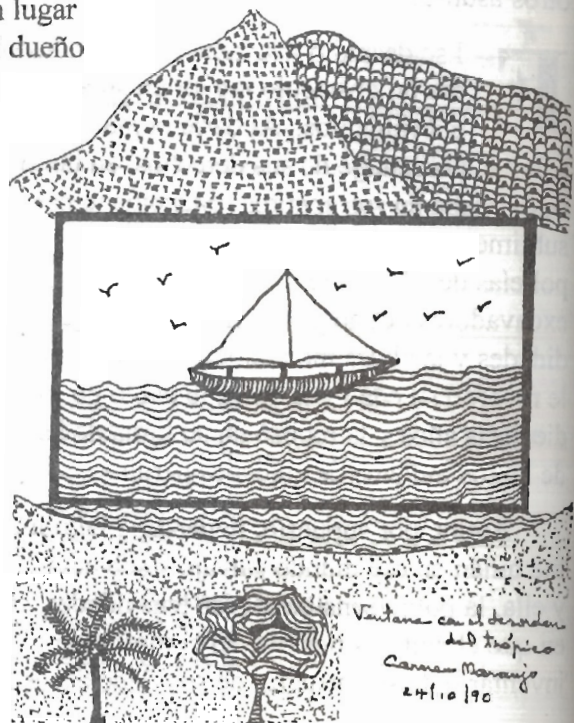


Tentona para los dica adies maiana
Carmen Mananjo
2012/10

registro que correspondía a sus setenta años, ahora que él entraba en sus primeros treinta.

La ciudad perdida les hablará de eso. Resulta que después de construida, con el esfuerzo y la fe del pueblo, un terremoto la destruyó. Fue de cinco minutos intensos, porque según averiguaciones de sabios una vieja bruja lo había previsto en una lectura minuciosa del cielo empedrado.

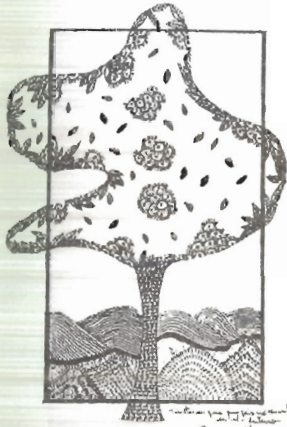
Cuando ya se iba a dictar sentencia en el juicio legal de la autoría sobre el descubrimiento, ella alucinaba por sus ojos capaces de desnudarla en un santiamén, confesó que él, ese joven tan apuesto, la había invitado a acompañarlo en una excavación que se haría en un lugar lejano. El, ese adonis tan espectacular, era el dueño de la hipótesis, de la tesis y del hallazgo. La confesión fue desenfundada y el asistente, muy parco en sus gestos, pensó que lo estaba desvistiendo una momia de otros tiempos. Cerró los ojos y con las manos se tapó el sexo. □



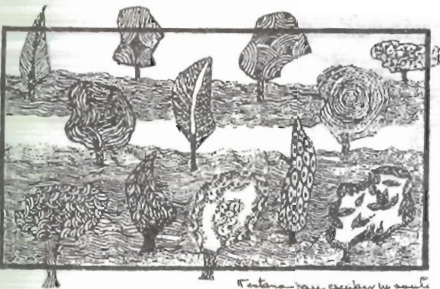
Dibujos a tinta por Carmen Naranjo...



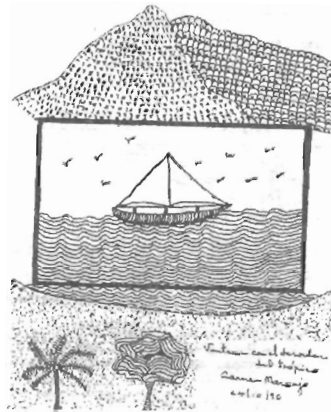
Estudio para un árbol
Carmen Naranjo
1970



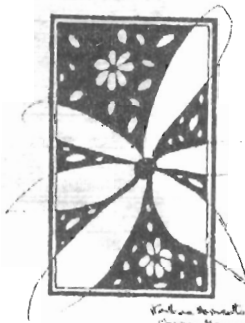
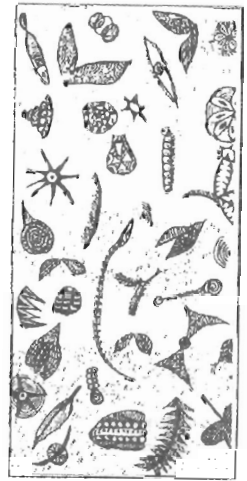
Estudio para un árbol
Carmen Naranjo
1970



Estudio para un paisaje
Carmen Naranjo
1970



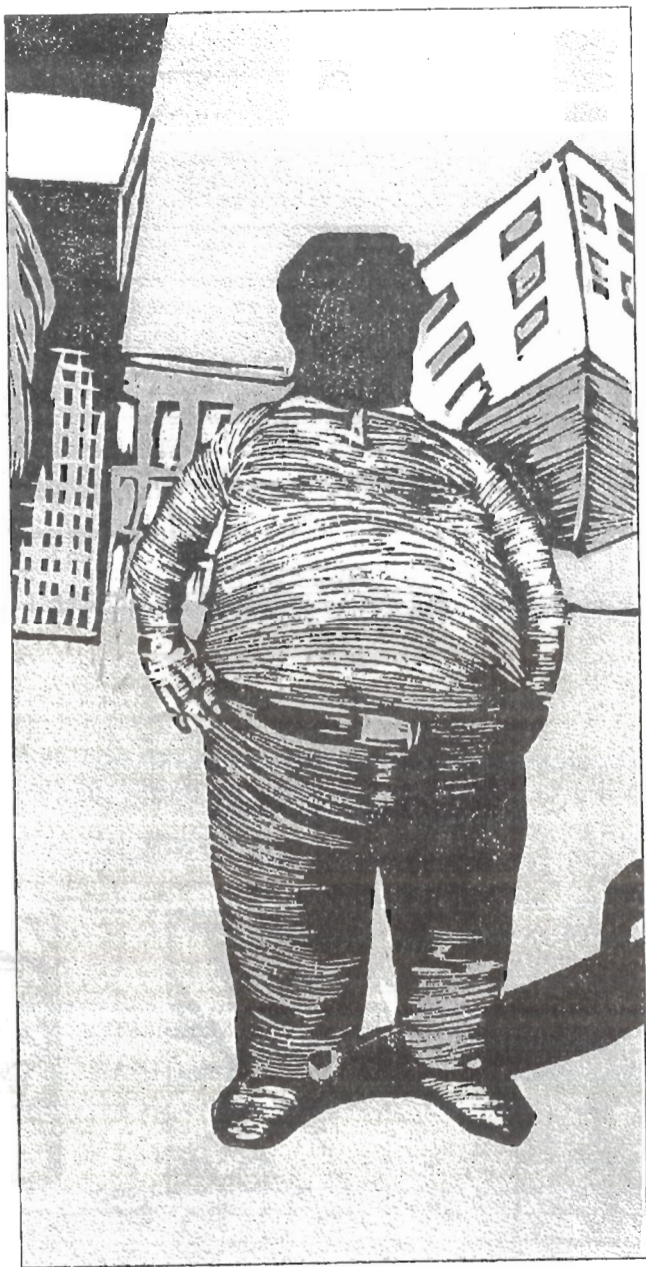
Estudio para un paisaje
Carmen Naranjo
1970



Estudio para un paisaje
Carmen Naranjo
1970



Estudio para un paisaje
Carmen Naranjo
1970



22

IMAGO